

Blasco, Selina, "Outside the White Cube", texto para la publicación de la exposición *Àmbits d'intrusió*, Centre Cívic Can Felipa, Barcelona, I/2012.

#### *OUTSIDE THE WHITE CUBE*

Más allá del juego de palabras, con alusión al conocido ensayo de Brian O'Doherty, el proyecto *Outside the White Cube* de Cristina Garrido es un nuevo eslabón en la cadena de las prácticas que viene proponiendo desde hace tiempo. Un tipo de acciones y obras difíciles de catalogar, seguramente como corresponde a su deliberada ambigüedad: prácticas dentrofuera, prácticas ni-ni... Lo dicho: prácticas ambiguas en el que las cosas pueden -o no- ser lo que parecen, o en el que las cosas se afirman por el hecho de estar escondidas. En esta ocasión, me parece que es un tipo de proyecto que también se encuadraría en el contexto del juego y, dentro del juego, en relación con su herramienta por antonomasia, la trampa y todo lo que ella conlleva: astucia, riesgo, habilidad, incertidumbre, júbilo cuando se gana y sentido del humor cuando se pierde.

Cristina pasea y coge lo que va encontrando por ahí. Artista espigadora, rescata un folleto abandonado, la revista *Sotheby's at Auction*, apoyado en el marco de una puerta frente a la galería White Cube de Mason's Yard en Londres. Posiblemente, como ocurre con la marabunta de folletos que nos invade, ya nació con el estigma de ser destinado al abandono. Persona sensible, Cristina se propone aprovechar lo que todos, menos ella, desechan. No es la primera vez que trabaja recogiendo, observando, e interviniendo basuras.

Dice que lo coge porque estaba ahí tirado. Mmmm. ¿Y si lo que pasa es que a su destinatario no le ha dado tiempo a recogerlo? Porque en el siguiente episodio, todavía de paseo con el folleto en la mano, repara en la identidad de su poderoso propietario: el art dealer Jay Jopling, dueño y fundador de la galería frente a la que había sido rescatado. Lo que estaba tirado pasa a ser precioso botín. El primer capítulo de la acción ya no es un gesto inocente, sino una maniobra peligrosa. Tampoco es la primera vez que Cristina incorpora el riesgo a la acción como práctica artística: en una ocasión entró en Ikea, abrió varios paquetes de sábanas y cubrió con ellas todos los muebles de uno de los recintos-simulacro de habitación, dejándolo todo así, oculto a la mirada de visitantes y vigilantes.

A la vez que decide intervenir, decide dar el cambiazo. La simultaneidad de estas dos decisiones es importante: doble trampa. Ahora se trata de, por una parte, devolver el folleto a su legítimo propietario pero, por otra, de seguir robándole; en este caso, las imágenes de las obras de arte contemporáneo que contiene. No las borra, sino que las esconde. Para borrarlas habría tenido que tacharlas, hacer visible la tachadura. Esconderlas es otra cosa; las camufla con el mismo color de lo que tienen a su alrededor. Es una actividad que también lleva realizando con postales de museos y centros de arte (en la serie *Velo de invisibilidad*), pintar encima de las obras lo que las rodea. Parece mentira que esta decisión de ocultamiento aparente subraye tanto su presencia. Cristina invita al espectador a acercarse a lo vacío y escudriñar lo lento y atentamente para descubrir su plenitud. En *La estética del silencio*, Susan Sontag decía que sólo se puede experimentar como vacío lo que está rodeado de cosas atiborradas, totalmente colmatado. Aquí el reconocimiento no

se confía a la percepción de los contrarios, sino a su anulación: o todo lleno, o todo vacío.

A continuación viene la parte de la acción en la que hay que actuar subrepticamente. Restituir el envoltorio a su condición sellada original y llevarlo de nuevo a la galería rápidamente, para que se reciba immaculado, como si hubiese sido dejado allí por primera vez. Tramposa generosa, con el folleto convertido en obra, Cristina devuelve mucho más de lo que ha quitado. Pero es astuta y también gana: da igual que el antiguo propietario -ahora nuevo destinatario- lo reciba. Da igual que nunca lo abra, que lo archive sin abrir, o que lo tire sin más. Durante un tiempo, su obra habrá estado dentro del cubo blanco. Y si lo abre y lo identifica; si Jay Jopling reconoce la sutileza y el poder de la intervención, ¿podrá comunicarse con la anónima autora del mensaje de la botella? En otra orilla del mundo está dejando pistas para que pueda conseguirlo.

Porque la artista se ha preocupado de documentar y de hacer visible el rastro. De este proyecto me asombra la madurez. Decía Juan Benet que la obra del artista novel - "primerizo", eran sus palabras-, "se concibe más como un vacío que como otra cosa". Este vacío no se descubre, seguía diciendo, mediante el conocimiento de todo lo precedente, ni mucho menos a través de la inspiración. Este vacío se inventa; lo inventa el artista, sensible ante la realidad de un mundo incompleto. Cristina Garrido tiene muy avanzada la invención del suyo, y ahora, en sucesivas vueltas de tuerca, refina las herramientas para llenarlo.